

Castillo Fantasía

Irene Guzmán Ferreto

Ilustraciones de Carmen Ferreto Gutiérrez

loquele_o

Castillo Fantasía

Todo empezó más o menos una semana antes de Navidad. Ana Sofía y Mario estaban sentados en las gradas del orfanato, viendo las decoraciones de las tiendas del otro lado de la calle, y contando los días que faltaban para que los llevaran al centro comercial. Esperaban con ansias ese paseo, pues difícilmente los llevaban más de una vez al año.

Mario era un niño extrovertido y muy bajito; tenía nueve años, pero parecía de siete. Sus brillantes ojos café y su eterna sonrisa, se hacían más luminosos conforme se acercaban las fiestas navideñas, su época favorita. Además, se moría por visitar su local

preferido, donde, tras un enorme ventanal, se exhibían carritos de colección.

8 Ana Sofía era su mejor amiga y muy diferente a él. Ella era seria y tímida, por lo que evitaba relacionarse con los demás niños del orfanato. Tenía ojos negros y rizado cabello castaño rojizo. Acababa de cumplir ocho, y aún no se acostumbraba a la vida en ese lugar, su casa desde los cuatro años. Su mayor sueño era ser adoptada por una linda familia, con muchos niños, y vivir en una casa grande de jardines floridos.

Mario y Ana Sofía discutían por enésima vez acerca de cuántos árboles de Navidad verían y en cuántas jugueterías los dejarían entrar, cuando los llamó la tía Alicia. Era hora de comer; el sol había desaparecido detrás de una enorme nube gris y parecía que iba a llover. No les importó entrar en la casa, porque, además, había empezado a correr un viento muy frío.

Fueron los últimos en sentarse a la mesa. Alrededor de ella ya había unos veinte niños y niñas de diferentes edades, y dos mujeres: la tía Alicia y la tía Paulina. Ambas llevaban delantales con figuras navideñas y supervisaban atentamente el comportamiento en la mesa. Después de una oración muy breve, y puesto que todos estaban impacientes, dieron permiso de comenzar. Regañaban a aquel por subir los codos en la mesa, y al otro por hablar con la boca llena. Les enseñaban a partir correctamente la carne, y ayudaban a los más pequeños cuando no alcanzaban a servirse salsa ellos mismos.

9

La comida transcurrió de la manera habitual, sin mayor incidente que el castigo de Javier y Arturo por lanzarse garbanzos. Cuando todos terminaron el postre (pastel de zanahoria y una bola de helado de crema), la tía Alicia tomó la palabra.

—Niños, tengo noticias para ustedes. Primero debo contarles que este año no iremos al centro comercial.

Un murmullo de decepción recorrió la mesa. Los niños mayores se veían tristísimos. Una de las niñas empezó a llorar y varios preguntaron en voz alta:

—¿Por qué?

—Pero si también hay buenas noticias —los tranquilizó la tía Paulina—. Lo que pasa es que una familia nos invitó a una fiesta de Navidad en su casa. Ellos tienen un jardín muy grande, con una fuente, y nos van a recibir el sábado, todo el día.

Los murmullos de la mesa ahora mostraban curiosidad, y los rostros fueron recuperando las sonrisas y la ilusión.

—Habrà comida, música, juegos y otros niños con los que podrán divertirse.

Mario y Ana Sofía se miraron. Ambos pensaban en las maravillas que podrían encontrar en una enorme casa, con una fuente (para ellos las fuentes solo estaban en los parques muy grandes). Podrían darse el lujo de celebrar una fiesta de todo un día. ¡Increíble! Al momento se les pasó la tristeza por no poder visitar el centro comercial, y empezaron a fantasear acerca de la aventura que les esperaba.

11

Conforme se acercaba el sábado, la animación crecía en el orfanato. Todos querían ponerse sus mejores ropas, que no eran muy diferentes de las que usaban a diario, y lustraban con entusiasmo sus zapatos, a tal punto que empezaban a verse reflejados en ellos. Los niños se esforzaban en comportarse lo mejor posible, temiendo ser castigados y no poder asistir a la fiesta. Quien pasara frente al tranquilo orfanato en esos

días, no podría creer lo bulliciosos que eran los habitantes de la casa.

12 El viernes por la noche, y al contrario de lo usual, los pequeños estaban impacientes por ir a la cama, aunque les costó mucho conciliar el sueño. El sábado el sol encontró a todos los niños levantados y alistándose con rapidez. Antes del desayuno estaban preparados para partir, y esperaban a que fueran a buscarlos cuanto antes. Alrededor de las ocho llegó una buseta azul, conducida por un hombre muy delgado y simpático, de cabello canoso, quien les dijo que podían tomarse su tiempo para subir. Sin embargo, no debió esperar mucho, pues en menos de cinco minutos estaban ya en marcha.

Era una fría y despejada mañana de diciembre. El cielo estaba muy azul y casi no había nubes: tan solo unas motitas blancas sobre las montañas, allá lejos... Los rayos

dorados del sol le daban a todo un aspecto mágico, que recordaba a Ana Sofía que la Navidad se acercaba velozmente. Mario, mientras tanto, se entregaba a su pasatiempo favorito al salir a la calle: observar los carros que pasaban, y contar cuántos veía de sus preferidos. A él le encantaban los carros.

13

Atravesaron la ciudad, que apenas empezaba a despertar y ya comenzaba a llenarse de personas ajetreadas haciendo compras navideñas de última hora. Había mucha gente corriendo de un lado para otro, algunos con paquetes y todos muy abrigados con chaquetas de colores. Para los niños, que salían de la casa tan poco, aquello era todo un espectáculo. Las tiendas mostraban un variado surtido de coloridos juguetes; sus sonrientes dependientes, de pie en las puertas, charlaban alegremente mientras esperaban a los primeros clientes. A falta de nieve,

algunos escaparates estaban decorados con espuma blanca; las tiendas de propuestas más descabelladas habían pintado esa “nieve” de colores. El espíritu navideño se sentía por todas partes, y el aire frío de la mañana contagiaba a los apurados compradores de un inevitable buen humor. Los niños del orfanato lo sentían también.

Al alejarse del centro de la ciudad, las casas empezaban a dispersarse conforme la buseta ascendía por una carretera rural entre verdes pastizales, donde de vez en cuando veían algunas vacas. Mario, que ya no tenía tantos carros que contar, se entretenía observando las decoraciones de las casitas. Una había adornado el hermoso árbol del jardín con grandes lazos rojos. Otra forró su puerta como si fuera un regalo, y alguna más había colocado quince medias de colores colgando de una ventana. ¡Vaya cosas raras que hacía la gente!

Mario... se entretenía observando las decoraciones de las casitas...

